

DISCURSO DEL SUBSECRETARIO DE ASUNTOS MULTILATERALES, VICTOR FLORES OLEA, CON MOTIVO DEL HOMENAJE QUE EL GOBIERNO DE LA REPUBLICA RINDE A LA MEMORIA DE OLOF PALME

Señor presidente de la República;
señor presidente de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión;
señor presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados;
señor presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación;
señor secretario de Relaciones Exteriores;
señor jefe del Departamento del Distrito Federal;
excelentísimos señores embajadores de Argentina, Grecia, India, Suecia y Tanzania;
distinguidos miembros del Presidium;
señoras y señores:

Hace un año Olof Palme fue cobardemente asesinado en las calles de Estocolmo. Hoy, en México, las más altas autoridades de la República le rinden merecido homenaje. Este acto es además un reconocimiento a la amistad de Palme con el gobierno y el pueblo mexicanos, a sus cualidades de político y hombre de Estado excepcional, y también a su afinidad con los principios esenciales de nuestra política exterior.

Olof Palme mantuvo siempre una comunicación fluida y natural con los dirigentes políticos de México. En las entrevistas que sostuvieron el presidente De la Madrid y el primer ministro Palme, tanto en su visita a nuestro país, en febrero de 1984, como en su encuentro en Nueva Delhi, en enero de 1985, se confirmaron marcas analogías en la interpretación del escenario internacional y similares responsabilidades ante la comunidad de Estados.

México y Suecia, que comparten una situación geopolítica semejante, como países vecinos de las dos superpotencias, han mantenido durante los últimos lustros. igual militancia en favor de la paz, el desarme, los derechos humanos, la cooperación entre los Estados y la democracia internacional. Asimismo, Suecia y México han expresado una invariable solidaridad con las principales causas del mundo en desarrollo. A tales coincidencias contribuyó poderosamente el liderazgo de Olof Palme.

La lucha por el desarme y la distensión fue convicción firme del político y del hombre de Estado. La crítica de Palme a la carrera armamentista, por el peligro que entraña del holocausto y por el despilfarro de recursos, re-

vela su honda comprensión de la nueva era en las relaciones internacionales a partir de la existencia de las armas nucleares.

Olof Palme se opuso enérgicamente a la ilusión de alcanzar la paz mediante la acumulación de arsenales cada vez más devastadores y sofisticados. Al contrario de lo que suponen los obstinados defensores de las tesis estratégicas que persiguen una imposible superioridad militar, la espiral creciente del armamento atómico genera mayores riesgos e inseguridad. Cuando se construyen nuevos artefactos de destrucción, aparece invariablemente la vocación de utilizarlos. El equilibrio del terror es, por definición, la espada de Damocles que amenaza al género.

Ante la lógica perversa de la mutua disuasión, Palme propuso una nueva concepción de la seguridad colectiva que funda la convivencia de los pueblos en el desarme, la confianza y la cooperación. Como político con imaginación y audacia, el ilustre estadista no se conformó con demoler los argumentos militaristas de las superpotencias, sino que batalló por encontrar soluciones viables a la encrucijada nuclear.

Entre las iniciativas de Olof Palme en el difícil camino del desarme, sobresale la Comisión Independiente sobre Asuntos de Desarme y Seguridad, mejor conocida como Comisión Palme, que reúne a distinguidos académicos y dirigentes políticos y sociales del Este y del Oeste, del Norte y del Sur. Esa Comisión ha postulado el principio de la seguridad mundial compartida, con base en un desarme gradual y balanceado que invierta, en un proceso descendente, la actual competencia armamentista.

Con realismo, la Comisión Palme sostiene la necesidad de mantener la paridad y el equilibrio de las fuerzas globales, al mismo tiempo que indica medidas concretas para garantizar la seguridad no sólo de las grandes potencias, sino de todos los pueblos. En esencia se trata de buscar la paz en diálogo abierto con el adversario, mediante acuerdos que conduzcan a la disminución paulatina de los arsenales existentes.

Hemos de recordar otra iniciativa de Olof Palme, ahora directamente vinculada a México. Nos referimos a su propuesta de crear zonas desnuclearizadas en diversas regiones del globo, y específicamente en aquella franja de Europa Central que es frontera entre los dos bloques militares. Aquí encontramos un eco claro del Tratado de Tlatelolco.

Naturalmente, no podemos dejar de mencionar la participación de Palme, al lado de Indira Gandhi, también cobardemente asesinada, en la Iniciativa para la Paz y el Desarme del Grupo de los Seis. Enfoques semejantes en el examen de la situación internacional e idénticos objetivos políticos unieron a aquellos líderes con Miguel de la Madrid y con los dirigentes de Argentina, Grecia y Tanzania. Frente a las crecientes tensiones entre el Este y el Oeste, y las dificultades para un diálogo constructivo que detuviera la carrera armamentista, el llamado de Los Seis expresa un reclamo universal. Es bien conocido el prestigio internacional de esta iniciativa de paz y el apoyo prácticamente unánime que ha recibido de la comunidad de naciones y de la opinión mundial más calificada. Sin duda, el Grupo es ahora para todos los Estados interlocutor válido en materia de desarme.

No escapa a nuestra memoria que una de las últimas decisiones de Olof Palme, el día mismo de su muerte, fue la de estampar su firma en el Mensaje Conjunto que el Grupo de los Seis envió a los líderes de las dos superpotencias, exhortándolos a cumplir con su necesario destino de paz.

Olof Palme asumió la política como compromiso y responsabilidad. Cuando fue indispensable sostener los principios de no intervención y libre determinación de los pueblos, su voz firme y respetada rechazó las políticas hegemónicas de fuerza. Lo mismo protestó por los bombardeos en Vietnam que por la intervención de Checoslovaquia; Palme se opuso igualmente a la guerra en Centroamérica y a la presencia de tropas extranjeras en Afganistán. Para él, toda controversia internacional debía encontrar una adecuada solución pacífica. Con tal certeza actuó como mediador en 1979, por encargo del secretario general de las Naciones Unidas, en el conflicto entre Irán e Iraq.

Subrayemos que Olof Palme jamás ignoró el vínculo entre paz y desarrollo. El sabía bien que la pobreza que agobia a la mayor parte de la población de la tierra es causa de inestabilidad y de inevitables conflictos. Reconocía que la confrontación global y el armamentismo dilapidan los recursos que debieran utilizarse en favor del progreso y el bienestar de los países más pobres. La crisis actual y los desequilibrios de la economía internacional no son ajenos a las tensiones que han caracterizado el mundo de la posguerra.

Por su amplia visión de los problemas internacionales y por la coherencia de su acción con los valores que profesaba, Olof Palme encarnó la comprensión y la solidaridad que deseábamos encontrar en los dirigentes de los países industrializados. En el gobernante sueco las naciones menos desarrolladas hallaron siempre una conciencia abierta a nuestros motivos y razones, y un espíritu atento a la necesidad objetiva de reestructurar las relaciones económicas internacionales de manera más justa y equilibrada.

No debe asombrarnos que Suecia haya sido el primer Estado en transferir más del 0.7% del producto nacional bruto a la asistencia para el desarrollo, de acuerdo con

la meta sugerida por Naciones Unidas. El apoyo de una de las sociedades más prósperas del planeta a las aspiraciones y necesidades de los países débiles fue también obra de Palme.

La coincidencia de las acciones internacionales de Palme con la política exterior de México es, a no dudarlo, impresionante. Lo fue igualmente su empeño tenaz por acrecentar los intercambios y estrechar los vínculos de amistad entre México y Suecia. El actual nivel de las relaciones bilaterales en materia de cooperación económica, científico-técnica y cultural se debe, en buena medida, al impulso de Olof Palme. Todo ello explica el homenaje que hoy le rinde el gobierno de la República. Este reconocimiento, sin embargo, no sólo obedece a la cercanía de Palme con nuestro país, sino a la admiración con que los mexicanos recordamos a un excepcional hombre de Estado de nuestro tiempo.

La autoridad política y moral de Olof Palme surge de sus virtudes públicas. Su figura resulta singular en un mundo en que la acción de las potencias parece definirse, casi exclusivamente, por criterios estratégicos y de afirmación hegemónica que, en definitiva, obedecen a consideraciones pragmáticas y utilitarias.

De ese modo, con frecuencia se pierden los valores e ideales que nutren la biografía de las sociedades, y el poder, despojado de su necesario componente ético, se convierte en ejercicio desnudo de la fuerza. La sustancia de la cultura y de la civilización se desvanece; la historia se convierte en una sucesión sin sentido de confrontaciones y sometimientos, y se cumple la política como puro instrumento de dominación.

Olof Palme, en cambio, se orientó por principios y no por intereses inmediatos o éxitos ocasionales. Constante de su acción pública fue la visión a largo plazo. Es decir, la obra de Palme revela que la política, en su sentido más genuino, trasciende las circunstancias, persigue objetivos últimos y se inscribe en un proceso histórico más general. Para Palme, el quehacer político está fundado en los valores que expresa el derecho como pacto y norma de la convivencia social.

La vida de Palme nos muestra que la política exige convicciones y responsabilidades y que no puede rehuir una definición comprometida con ideales y valores. Su tarea estuvo vinculada a los más legítimos intereses sociales, sin descuidar la atención eficaz de los problemas. En la acción política del primer ministro Palme se expresa una tradición democrática e igualitaria que subordina el ejercicio del poder a la voluntad de la mayoría, y procura traducirlo en acto reivindicatorio de todos los hombres y grupos sociales. En última instancia, el poder, para Palme, no tenía otro sentido que la liberación del hombre y la convivencia armónica de los pueblos.

Palme nunca evadió la consideración de los intereses en juego. Nada más ajeno a su actividad que un proceder abstracto o ingenuo. Como todo gran estadista, hubo de tomar en cuenta circunstancias y factores reales de poder, no para quedar atrapado en ellos, sino para trascenderlos. La vocación política de Palme lo llevó

a comprender los intereses más diversos y encontrados, sin renunciar a la posibilidad de armonizarlos, e inclusive de sumarlos para el logro de una meta común. A través de la razón supo hallar los elementos de acuerdo que hacen posible la cooperación y la acción organizada de las sociedades.

Para Palme, la acción política ha de apartarse de la primitiva versión "*maquiavélica*" que hace del poder un fin en sí mismo. Palme sabía que la política origina consecuencias sociales, y que el uso apropiado del poder supone prever y controlar los efectos objetivos de la decisión. En política, como en todo quehacer social, no bastan las buenas intenciones. Es preciso garantizar que los propósitos se traduzcan efectivamente en las metas deseadas.

La verdadera lección de Palme consiste en señalar que la política no es un juego subjetivo de intenciones, y tampoco realismo inmediatista que se corona por el triunfo efímero o el brillo de un solo día. La política es responsabilidad, esto es, proceder complejo que combina factores éticos y de compromiso hacia las causas sociales, moderación en el uso del poder y control sobre sus resultados. La política no está desvinculada de la historia; la vida y la obra de Palme nos muestran que es el corazón mismo y el destino de cada sociedad.

Desearía evitar comparaciones superficiales o fáciles paralelismos de la historia. En la vida social, tiempo y espacio no se repiten nunca. Sin embargo, no es posible rehuir la idea de que determinados enfoques internacionales, e inclusive el proceder político más general de Palme, y la más rica y genuina tradición política de nuestra Revolución, tienen ciertas raíces comunes.

La nación mexicana, con sus perfiles básicos de independencia, rechazo a cualquier forma de hegemonía y preocupación por las libertades y el desarrollo social, se debe a una política que, en sus momentos más altos, ha estado arraigada en profundas necesidades populares, en estricto apego a los mandatos de la historia del país. La experiencia de 175 años como Estado soberano impone, en lo interno y en lo externo, un conjunto de principios que orientan la acción política de los mexicanos. Sin ellos, no nos reconoceríamos en el espejo de nuestra conducta.

Esto no siempre se comprende fuera de las fronteras, y tampoco por quienes, en nuestro territorio, pretenden despojarnos de los rasgos constitutivos de la nación. En ese caso difícilmente puede argumentarse ignorancia o error de buena fe. Tal designio, cualquiera que sea su origen, persigue debilitar a las instituciones del país, y dejar al pueblo a merced del interés y de la fuerza, desmembrándolo e imposibilitando su viabilidad histórica.

Es evidente que, respecto a nuestra política, la historia trabaja todos los días para encontrar a los hechos su medida exacta. Lo que resulta indudable es que estabilidad, libertades y defensa de la soberanía, representan la línea maestra de una continuidad más profunda: la de la coherencia y la dignidad nacionales. Tal proceder ha hecho posible la legitimidad y el consenso en que radica la fuerza del país. Es compromiso nuestro evitar fracturas y negación.

Por supuesto, no se trata de uniformidad impuesta, sino de la unidad de una sociedad plural y libre que ha auspiciado mayor educación, mejor información y la diversidad de los intereses. La fidelidad a los principios constitutivos y constitucionales de México consiste en atender las nuevas exigencias y las voces que no son necesariamente coincidentes. En política, éste es el gran cambio estructural a que nos enfrentamos.

Decía que el homenaje que rendimos a Olof Palme no se limita a una conmemoración luctuosa, ni se debe sólo a la coincidencia de dos políticas internacionales que se encuentran fácilmente. Este acto tiene un significado más permanente: destaca la idea y la práctica política de un gran hombre del Siglo XX, alejado por la geografía de nuestro pueblo, pero cercano a la manera en que los mexicanos, en la mejor vertiente de su historia, respetan y confieren validez a la política.

Así, al rendir homenaje a Olof Palme reconocemos a todos los hombres y pueblos que han hecho de la política fidelidad a principios, compromiso y responsabilidad.

México, D.F., 27 de febrero de 1987.